

# Ensayo sobre la individualidad en el ámbito de la modernidad tardía

Manuel José Rodríguez Caamaño  
y Fernanda Rodríguez Caamaño

**D**ada su manifiesta complejidad, una aproximación sociológica relativa al hecho del individualismo debe llevar consigo un análisis concreto de las múltiples causas y condiciones que, en su contextualización e interrelación funcional y operativa, conducen a una determinada construcción arquetípica y variable del ser humano social. Construcción acompañada de sus respectivos niveles de actuación, tanto en el ámbito de lo mental como en el conductual, y de un preciso e inequívoco esquema referencial. Sin embargo, en este caso, nuestra pretensión es más concreta y se limita a exponer y reflejar determinados aspectos que consideramos relevantes, en cuanto afectan al «ser» y «estar» del individuo ubicado en el contexto procesual, dialéctico y sistémico de las sociedades de la tardomodernidad.

En líneas generales, este acercamiento analítico asume como un dato básico y previo la existencia de la relación inseparable que, en su necesidad y persistencia dialéctica funcional, se produce entre individuo y sociedad. Es decir, lo que N. Elías, entre otros, refleja cuando afirma que: «así como cada ser humano es un todo por sí mismo, es un individuo que se dirige a sí mismo y al que ningún otro puede dirigir si no lo hace él mismo, así también toda la configuración de esa autodirección, la consciente como la inconsciente, es producto de un entrelazamiento, es decir, se ha desarrollado en un continuo ir y venir de relaciones con otras personas; por tanto, la forma individual del adulto es una forma específica de su sociedad»<sup>1</sup>.

Sin embargo frente a este hecho social, en las actuales circunstancias económicas, políticas y socioculturales resulta observable un proceder, en las relaciones interactivas entre ambos órdenes, que tiende a reflejar el decisivo influjo que ejerce la sociedad, entendida como sistema, sobre el individuo. En efecto, lo objetivo, instrumental y funcional que preside lo estructural prevalece sobre aquellos aspectos subjetivos, expresivos y personales que también, de uno u otro modo, constituyen en su conjunción globalizadora la realidad social. Es decir, resulta detectable una funcional readaptación en la reproducción de la compleja existencia social como resultado de las exigen-

cias demandadas por la propia funcionalidad interna del sistema, que para mantenerse competitivo y eficaz frente al resto de los sistemas requiere de ciertas reestructuraciones que, de modo inevitable, repercuten en las condiciones en que se desarrollan las relaciones entre ellos, entre sus miembros y con su específico entorno sociocultural. Así, las sociedades capitalistas altamente desarrolladas se presentan como entidades complejas que, en su dinamicidad persistente e inevitable, originan transformaciones que afectan a todos sus componentes, en general, y a los individuos que las integran, en particular.

Por otra parte, el análisis sociológico de la individualidad humana exige que el estudio se realice en el preciso contexto de la sociedad de la cual el individuo es miembro integrante pues, de lo contrario, abandonaríamos el terreno de lo estrictamente sociológico para adentrarnos en otros campos periféricos del conocimiento. La investigación debe tener en cuenta los factores materiales y culturales que, en su interdependencia dinámica y estructural, proyectan históricamente sobre los entornos espacio-temporales posibilidades, expectativas y limitaciones que condicionarán a los sujetos que forman parte de un específico sistema social. De este modo, en todo sistema social tanto lo material como lo cultural mediatizan y posibilitan las realizaciones y frustraciones del individuo y, en consecuencia, su propia realidad. Es nuestra pretensión evitar los perjuicios derivados tanto de un exacerbado positivismo sociológico como de una banal literaturización de la realidad social acerca de la individualidad. Por ello suscribimos una estrategia de investigación que profundiza en algunos de aquellos aspectos de la realidad individual que son sistemáticamente silenciados por ciertas corrientes sociológicas en su obstinado afán mercantil, ideológico y oscurantista: la «hipertrofia de la sociología» conduce inevitablemente al fracasado proyecto emancipador de la Ilustración como consecuencia, precisamente, del imperio y hegemonía que ejercen las acreditadas y célebres «razones» instrumentales.

De este modo, frente a las mutilaciones derivadas de los reduccionismos y velados silencios a que es sometida la ciencia sociológica, es necesario y urgente recuperar como inexcusable punto de partida la rigurosa utilización de la «conciencia sociológica» y rehabilitar

como horizonte social la realidad práctica de la olvidada «imaginación sociológica». Se trata de emplear el acervo sociológico de forma irreverente ante cualquier tipo de encubrimiento, sobre todo en las actuales circunstancias ya que somos conscientes y conocedores de la decisiva influencia que ejerce la sociología sobre la sociedad y sus miembros. Si, por el contrario, se produce la sumisión del discurso sociológico a la tecnoeconómica e hipostasada realidad social, la derivación lógica será la progresión de la servidumbre y el consecuente enmascaramiento de la realidad, es decir, a la consagración de la sociología como disciplina destinada a la rigurosa erudición ideológica.

Por ello, en oposición a los discursos que se limitan al análisis exclusivo y unilateral de la realidad social ya sea incidiendo tan sólo en el aspecto económico-cuantitativo o en el ideológico-cualitativo, con sus propuestas repletas, respectivamente, de reduccionismo mecanicista o retórica mística —esto es, que subordinan y comprometen en términos excesivos el planteamiento sociológico a lo que es o a lo que debería ser—, es más oportuno y conveniente científicamente seguir un proyecto de investigación diferente. En efecto, se trata de optar por un procedimiento alternativo que, sin desechar las posibles aunque limitadas aportaciones de los citados análisis, asume como proceder analítico riguroso, y revelador de la realidad social y sus transformaciones, la premisa de que un sondeo del individualismo como forma social y del sujeto como individualidad psicosocial exige, desde un principio, plantear la cuestión tanto en términos psicológicos como sociológicos. En este sentido, la consideración de ambos aspectos de la realidad social va a ayudar a esclarecer el tema que estamos tratando, desde el momento en que, como alega E. Lamo de Espinosa: «al psicoanálisis le interesan los motivos inconscientes de las acciones; a la sociología, las consecuencias inconscientes de las acciones. Pero ambas tratan de restablecer la transparencia del actor en relación consigo mismo, indagando por qué hace lo que hace, o qué es lo que verdaderamente hace»<sup>2</sup>.

Las sociedades regidas por la lógica y los mecanismos del mercado demandan niveles de racionalización coherente con sus criterios funcionales y operativos. Del mismo modo, las sociedades democráticas activan y potencian los principios de la igualdad, tanto intensiva

como extensivamente, al conjunto de los individuos que las integran. Estas sociedades democráticas y capitalistas se fundamentan y legitiman a partir del reconocimiento y desarrollo general de la idea de libertad.

La sociedad se transforma, lo social cambia y se transfiguran los individuos. El tránsito hacia nuevas formas de configuración y relación social se presenta como irreversible. Este hecho va a suponer la existencia de diferentes lecturas y la construcción de una serie de discursos sociológicos que van a diferir entre sí en función de la posibilidad de realización de las oportunidades que se le presentan a los individuos. Al margen del carácter unilateral de los alegatos, tanto en favor como en contra, así como de sus respectivas aportaciones y limitaciones en torno a lo que sucede en los ámbitos individuales, sociales y sistémicos de la modernidad tardía; consideramos más oportuno y conveniente adoptar como perspectiva de análisis, admitida su radical facticidad, la cuestión planteada por E. Lamo de Espinosa cuando afirma que «desde el momento en que la humanidad se volvió reflexiva, desde que aprendió a reprogramarse culturalmente, las normas y los valores deben justificarse de modo racional y ello otorga a la ciencia una clara prioridad sobre la cultura. Como fruto de ello, el sujeto deja de estar sometido a normas culturales para ser el sujeto de su propia condición. Pues ésta es quizás la paradoja mayor de nuestro tiempo: que jamás se ha podido ser más libre, pero esa libertad de los modernos, a parte de asentarse en una rigurosísima disciplina de vida cotidiana, genera incontables consecuencias no queridas»<sup>3</sup>. De esta manera, la paradoja como recurso y el recurso a la paradoja se convierten en una de las herramientas clave para la dilucidación y análisis de la realidad social y de los procesos de individualización.

La tendencia del proceso que va a predominar, en sus respectivos niveles micro y macro, supone la generalización de formas de relación social y autonomía personal completamente inéditas que, de alguna manera, afectan tanto a la configuración de los individuos como a las formas y al funcionamiento de las organizaciones socioculturales. Se generan formas de organización social-institucional y personal distintas, en ciertos aspectos, a las precedentes. De ahí que, en estas situaciones de cambio y transición, se produzca una serie de inadap-

taciones y conflictos como consecuencia de la desorientación que provoca el disponer de referentes débiles y caducos para un óptimo funcionamiento en las coetáneas circunstancias existenciales. Se trata de la persistencia de efectos socializadores terminales y residuales que aún coexisten con los resultados de un proceso socializador cuyo marco y contenido se caracteriza por la alta complejidad y las acusadas diferencias en relación a sus aspectos referenciales.

La racionalización que se produce en este tipo de sociedades no sólo afecta a las esferas de lo económico y lo político, ya que también los campos social y cultural tienden a regirse, como resultado de la racionalidad efectiva de la ciencia, por los criterios instrumentales. Hemos de admitir, aunque con las oportunas limitaciones ya que no conviene obviar el tema de la irracionalidad y su papel en la realidad social cotidiana, que las organizaciones sociales inmersas en la fase procesual moderno-tardía son grupos cuya clave referencial, en el orden del conocimiento y de la acción, se caracteriza por el primado fundamental del conocimiento científico y por su creciente expansión y trivialización al conjunto de la sociedad. Así ocurre, y éste es el núcleo del planteamiento que proponemos, que la «racionalización no significa simplemente cómo trabajar mejor y averiguar el mejor «sistema» para los mejores resultados, sino adaptación a unas ciertas condiciones desde las cuales la racionalización es posible»<sup>4</sup>.

El proceso de racionalización exige, pues, un ambiente sociocultural y un tipo de organización social que apenas guardan relación alguna con los ambientes y tipos precedentes. De ahí la profunda metamorfosis que se ha producido, tanto en la construcción social de los sujetos como en su acción y actitudes existenciales. Transformación y dinamismo sociales que conducen a los individuos a situaciones desconcertantes. Tiempos de incertidumbre y riesgo que propician la exaltación referencial del individuo, en cuanto sujeto libre y consciente que habita en el mejor de los mundos posibles. La desmagificación y el reencantamiento –racionalidad e irracionalidad persistentes– continúan su ciclo demoliendo y generando de nuevo vínculos, figuraciones, organizaciones, representaciones, sujetos, objetos, relatos, medios, fines, en suma, realidades.

Una cualidad singular de la realidad actual la constituye el hecho de que incentiva el desarrollo de una concepción del mundo en la que los valores de la libertad y de la igualdad son preponderantes. La transformación de los sujetos y la génesis de las nuevas identidades son resultado de la aplicación de aquellos principios a una realidad social que, sin embargo, se podría cualificar por sus rasgos discriminatorios: la trascendencia y apoteosis de la cultura individualista es su mejor ejemplo.

Así que, a pesar de sus logros, no podemos obviar que el individualismo como ideología encubre contradicciones de difícil solución. En efecto, existe la necesidad de tener en cuenta que el proceso de individualización es en sí mismo paradójico puesto que la ambigüedad preside su desarrollo: la conjunción del individualismo económico y del individualismo humanista manifiestan su incompatibilidad en cuanto que estructuralmente las sociedades moderno-tardías son también organizaciones sociales clasistas. De este modo, aunque estamos en presencia de la rehabilitación de los sujetos como sacro fundamento de su existencia social, es un hecho objetivo que el individualismo se encuentra limitado por su propia génesis desigualitaria: la trivialización o silenciamiento de la desigualdad social no erradica la realidad de su existencia.

La divergencia y distancia que existe entre el ámbito de lo formal y la realidad es un hecho indudable. Por ello es conveniente incidir en el condicionamiento que van a suponer los recursos económicos y culturales, ya que contribuyen a disminuir o incrementar las distancias entre las oportunidades (expectativas) y las efectivas realidades (logros) de los individuos, en el contexto de la jerarquización social que prevalece en las sociedades capitalistas y democráticas. En este sentido, la cultura del individualismo se constituye en ilustrado y reflexivo referente, tanto mental como conductual, que ampara y viene a confirmar, en su función teológica secularizada, a todos los actores sociales como individuos libres e iguales confiando, a través de este proceso, un carácter difuso a la distinción de clase y al acceso diferencial a los recursos y al conocimiento.

Es en estas sociedades donde se combinan y despliegan, con un rigor sin precedentes, los principios e ideales individualistas. De ahí que aunque el individualismo –admitida la realidad

desigualitaria que le sirve de contexto– supone distintos niveles de realización de los objetivos individuales en los que la posición de clase sigue siendo decisoria para la consecución de las aspiraciones, hemos de admitir el hecho de que sus argumentos se erigen y consolidan tanto en supremos valores elementales del individuo como en horizonte cultural y perspectiva actitudinal que simboliza las pretensiones del conjunto social.

El proyecto individual, tanto del sujeto como del sujeto de los sujetos que es la sociedad, conduce a procesos simultáneos de disolución y aglutinamiento, de desintegración e integración en una creciente complejidad social homeostática: desestructuración y estructuración sistémico-funcional cuyo resultado visible es, precisamente, una sociedad que N. Elías calificó como «sociedad de los individuos». En el campo social se genera una interacción, productiva y comunicativa, entre los individuos y su medio que dará lugar a nuevos vínculos de carácter más flexible y adaptable en relación con las exigencias de la sociedad, en general y del individuo, en particular. Es probable que estas sociedades se diferencien de las precedentes por el grado de apertura, oportunidad y libertad que ofrecen a los individuos y se homologuen por el mantenimiento estructural de la desigualdad como condición desproporcionada que reduce o inutiliza la realización óptima de los diferentes proyectos individuales.

El individualismo contemporáneo germina y resulta factible en el marco histórico de sociedades capitalistas y democráticas cuyas condiciones de desarrollo y funcionamiento, a partir de las exigencias económico-ideológicas, demandan transformaciones globales e individuales de todas aquellas construcciones sociales y culturales que actúan, en su disfuncionalidad estructural, como rémoras del avance social. Las sociedades moderno-tardías son organizaciones que, en función de su dinamismo transformador, presentan como rasgos inherentes a su actividad fenómenos como el riesgo y la incertidumbre. Su convulsiva actividad modificadora y creativa produce, sin cesar, un tipo de inestabilidad estructural que alcanza al conjunto de los individuos que las componen y que se extiende a todas las áreas de actividad social-institucional: el conflicto y el cambio son sus constantes, teniendo en

cuenta las previas resistencias de lo consolidado a desvanecerse en el vacío de lo fútil. Dichas renuencias se focalizan sobre todo en los niveles sociales porque son ellos los impactados por la racionalidad material y su económica y «sociológica» cultura. Es decir, las mutaciones sociales que establecen el avance de un tipo concreto de individualismo obedecen, de manera singular, al impacto causado en las sociedades por los principios que rigen el desarrollo de las economías capitalistas. En efecto, como observa G. Simmel: «obviamente la teoría de la libertad e igualdad es el fundamento de la libre competencia, y la de las personalidades diferenciales es el fundamento de la división del trabajo»<sup>5</sup>.

Es indudable que el individualismo no es una realidad generada por las complejas circunstancias actuales ya que el fenómeno de la individualización y su elaboración cultural que hoy afecta, con especial rigor, al conjunto de las sociedades desarrolladas, es el resultado de un proceso en el que confluyen diversas causas y que tiene sus orígenes en un pasado distante. No deseando establecer estrictamente su origen puesto que se remonta a épocas muy anteriores y a corrientes culturales de distinto signo como el propio G. Simmel observó, es de destacar, por la transparencia que ofrece, la lúcida apreciación realizada por el citado autor cuando se refería a cómo «los dos grandes principios que cooperaban inextricablemente en la economía del siglo XIX: competencia y división del trabajo, aparecen de este modo como las proyecciones económicas de los aspectos metafísicos del individuo social»<sup>6</sup>.

Es probable que en su proceso transformador de las formas y las relaciones sociales, la secuencia individualizadora de la «sociedad de los individuos» se caracterice por la generación de unos vínculos que, de modo paradójico, son desvinculantes por su propia naturaleza. La individualización propende a favorecer una creciente autonomización del individuo lo cual, de manera inevitable, repercute en la fragilización de las relaciones de los individuos entre sí: la independencia del sujeto con relación a los demás sujetos significa mayor dependencia del sujeto en relación con el sistema social. Los lazos sociales construidos en base a supuestos irracionales pierden peso y se desvanecen ante la fuerza legitimadora de los nuevos fundamentos que consolidan la emer-

gencia de la individualidad racional y calculadora. Individualidad conflictiva respecto a cualquier clase de sujeción obsoleta porque la reflexividad disponible revela, aunque sea de forma ilusoria para la mayoría de los sujetos, las múltiples expectativas que ofrece al individuo una ideología que, como siempre ha ocurrido en la historia de la humanidad, persevera en su afán de dominio y continúa comerciando con el respetable «embuste social», hoy secularizado, de todos los tiempos. La reflexividad racionalizadora vigente aporta a los sujetos de la individualidad una transparencia que se limita exclusivamente al orden de lo particular tanto en sus aspectos expresivos como instrumentales. Pero admitido el avance realizado en la adecuación de la individualidad al entorno social en que se encuentra inmersa, otra cuestión radicalmente distinta, a pesar de la escasa trascendencia e interés que se le adjudica por parte de la disciplina sociológica, la constituye el hecho crucial de la irracionalidad. Es decir, la reflexividad, la racionalidad, la transparencia y la mayor consciencia de los sujetos no conduce a una disminución de la irracionalidad que sigue estando presente en las sociedades altamente programadas y tecnologizadas.

En la modernidad tardía el tipo de conocimiento que se proporciona, difunde y transmite tiene como base a la ciencia y tiende a ser una clase de saber dinámico y operativo. En efecto, el acceso del individuo al conocimiento tiene como objetivo prioritario su utilidad práctica inmediata ya que de su pericia resolutoria dependerá la posterior realización ideológica de su identidad individual socialmente construida. La vinculación del conocimiento a lo inmediato, tanto en su matiz productivo como en el integrador, conduce a la sustracción de otras posibles realidades y figuraciones en la perspectiva y concepción de los individuos. Este tipo de ilustración instrumental, siempre acompañada de su impecable y unilateral perfil regulador, trata de unidimensionalizar la inconmensurable complejidad de la realidad. La instrumentalización del conocimiento pretende de modo inútil evadirse del perpetuo problema de la irracionalidad y así, abdicando de sus virtualidades, se afirma y legitima –en su continuo proceso de reciclaje– en los supuestos que rigen el pensamiento tecnocrático. De este modo se extiende al conjunto de la sociedad un tipo de conocimiento que, acompañado de su

inherente solidez legitimadora y de su positiva y funcional abreviación, rehuye y margina de su campo de actuación una serie de matices básicos y significativos que están presentes y activos en cualquier configuración social. Es indudable que este modelo de conocimiento denota y representa una realidad y una concepción del mundo que presenta lo «concreto» como un hecho básico y fundamental, desde el cual se prescribe el carácter precario y residual de otras construcciones y representaciones del mundo: «la concretización obliga a preocuparse y a definirse frente a lo concreto»<sup>7</sup>. De modo que a lo que conduce este proceso de ilustración viene a ser lo que, hace años, observó E. Tierno Galván cuando decía que «al primer resultado de la sociedad industrial el hombre masa le está siguiendo el segundo resultado de la sociedad industrial el hombre reducido»<sup>8</sup>.

En líneas generales, este tratamiento de la realidad social origina, a través de sus precisas observaciones, la senderización y el sedentarismo del conocimiento. Asimismo produce un tipo de socialización distinto que, al ser sus formas y contenidos diferentes, contribuye a convulsionar y transformar la mentalidad y actitudes de los individuos: la construcción social de la individualidad es generadora de una sociedad de los individuos y la sociedad de los individuos es productora de las individualidades. La adaptación calificada como «reducción» no cuestiona ni problematiza la realidad social, ni siquiera la severa realidad de la desigualdad y sus acompañamientos. Se ajusta selectivamente la realidad al dato y se asume ésta por medio de sus resultados: el proceso socializador, en estas condiciones de desarrollo de la cultura, va a suponer un cambio de perspectiva mental de los sujetos y, por tanto, va a conducir a una nueva visión de la realidad.

Es probable que sea la propia reflexividad en este caso aleccionada por la parcialidad de los hechos y la contundencia legitimadora de los conocimientos científico-sociales con su consecuente proceso de transparencia, la que ubique a cada individuo en esa significativa situación en la que se produce una compleja y dialéctica correspondencia lógica entre el ser humano, su medio y sus relaciones teniendo en cuenta que, en las circunstancias actuales, las tendencias adaptativas incitan a simplificar y mecanizar las actitudes y comportamientos

individuales pues, como observa E. Tierno Galván: «para el humano en el reducto el interés cultural no pasa de dos niveles, cultura para manipular y cultura para distraerse, pero apenas admite la cultura como medio de autorreconstrucción y problema»<sup>9</sup>. La constelación de valores, creencias y actitudes que denominamos cultura individualista permite la estructuración social —a partir de un «campo semántico común» y de un «campo axiológico común»— de un tipo de individualidad que se ajusta netamente a los criterios de la funcionalidad estructural. Como argumentaba el propio E. Durkheim «una sociedad no puede crearse ni recrearse sin, al mismo tiempo, crear el ideal»<sup>10</sup>. En efecto, en las sociedades capitalistas y democráticas la ideología del individualismo activa sus principios, tanto intensiva como extensivamente, hasta convertirse en sólida concepción del mundo y representación simbólica de las aspiraciones que demandan las individualidades de sus miembros y la sociedad concebida como totalidad: el ideal democrático e individualista expandido por la sociedad preside, mediatiza e impregna, en términos generales, las relaciones sociales entre los individuos.

La consecuencia principal que se deriva de la generalización y predominio de esta forma y práctica social será la aducida por A. de Tocqueville, cuando dice que «el individualismo es un sentimiento reflexivo y apacible que induce a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a mantenerse aparte con su familia y sus amigos; de suerte que después de formar una pequeña sociedad para su uso particular, abandona a sí misma a la grande»<sup>11</sup>. Por ello es necesario e importante incidir en la trascendencia de este hecho, puesto que toda retirada del individuo respecto al ámbito general de lo colectivo va a suponer una pérdida de su protagonismo social —tan ensalzado por la propia ideología— y en consecuencia —al no ser miembro activo de los proyectos de la colectividad— a una limitación considerable de su autonomía. Este abandono facilita la intervención, en el complejo campo de lo social, de aquellas fuerzas, intereses y tendencias que, en su creciente protagonismo, conducen a situaciones sociales que muestran, precisamente, la fragilidad de cierto individualismo y de sus construcciones: «la igualdad sitúa a los hombres unos al lado de otros sin un lazo común

que les sujete. El despotismo alza barreras entre ellos y los separa. Aquélla les predispone a no ocuparse de sus semejantes, y éste viene a hacer de la indiferencia una especie de virtud pública»<sup>12</sup>.

Lo mismo que sucede con cualquier ideología, cuando se trata de mostrar objetivamente lo establecido por la ideología del individualismo vinculada al desarrollo del capitalismo, resulta observable que su implementación conduce, entre otras cosas, a una clase de acciones cuyas consecuencias no se corresponden con la intencionalidad de las acciones de los actores sociales. Al mismo tiempo no se debe olvidar que la legitimación social del individualismo se realiza a partir del bienestar alcanzado por las condiciones favorables de prosperidad material y éste no es extrapolable, como es evidente, al conjunto de la sociedad. En este sentido, ciertos análisis sobre el conocimiento y la realidad en la modernidad tardía van a incidir en un tipo de planteamiento que tenga en cuenta el complejo proceso económico y sociocultural que se desenvuelve en estas sociedades, y que produce un individualismo que, por su propia naturaleza, es contradictorio. En efecto, la consolidación del proceso individualizador va a suponer la negación implacable del propio individuo pues, cabe afirmar, como fiel reflejo del carácter paradójico de estos tiempos, que «cuánto menos individuo tenemos, tanto más individualismo»<sup>13</sup>.

El individualismo es un hecho global y un fenómeno englobante con diferentes vertientes de expresión. De ahí que haya sugerido diferentes lecturas e interpretaciones no siempre coincidentes dentro del panorama general de las ciencias sociales y de las específicas disciplinas que las componen. Además existe una clara tendencia a infravalorar los hallazgos logrados en otras ciencias afines con el consiguiente quebranto para la disciplina sociológica. Todo esto contribuye a crear un estado de cosas confuso, que sólo es útil para apuntalar una serie de intereses ajenos a cualquier sociología comprometida en los términos señalados por S. Giner cuándo dice que: «la aceptación y el reconocimiento de la responsabilidad ética de la sociología entraña distanciamientos prudentes de algunas de sus prácticas. Esta decisión dimana de su carácter esencialmente humanístico que, afortunadamente, no es incompatible con su dimensión científica»<sup>14</sup>.

Por ello, hay que señalar que el actual estado de los conocimientos sociológicos exige una reelaboración del discurso de la sociología sobre el individualismo para que, aunando los logros alcanzados a partir de las diferentes perspectivas sociológicas existentes, delimite el acervo estrictamente sociológico sobre el fenómeno en cuestión. Asimismo, deben reconocerse y analizarse los diferentes, aunque interdependientes, aspectos que abarca esa realidad social que denominamos individualismo. El ser humano adquiere su identidad, articula y desarrolla su individualidad en función de su posición y de las relaciones sociales que establece con los demás humanos en el campo social. Así, tanto lo «organizativo-productivo» como lo «comunicativo» son dimensiones de la realidad social ineludibles para el análisis sociológico del individualismo.

Dado que el individualismo es un resultado, variable en su expresión, del proceso de la civilización, se puede afirmar, a partir de las evidencias que proporciona la observación de la contemporaneidad moderno-tardía, que en estas sociedades coexisten formas de individualismo que difieren entre sí respecto a su proyección tanto individual como social. Así observamos: «por un lado, el individualismo unido a las reglas morales, a la equidad, al futuro; por el otro, el individualismo de cada uno para él mismo y del «después de mí el diluvio»; o sea, en términos éticos, individualismo responsable contra individualismo irresponsable»<sup>15</sup>. Estas sociedades se encuentran inmersas en una problemática que exige la reconsideración del papel y la función que los aspectos materiales y culturales desempeñan en la configuración de lo social. Porque los individuos son productos de situaciones y circunstancias que les condicionan y motivan para actuar de una u otra manera. El hecho de que, en la actuación social de los individuos, predominen las actitudes y acciones «irresponsables» frente a las «responsables», no permite deducir que ello sea consecuencia de la naturaleza intrínsecamente perversa del ser humano. La naturaleza del individuo es social y la sociedad la construimos socialmente los individuos. Son, por tanto, unas determinadas condiciones de existencia social, mediadas, económica y culturalmente, las que proporcionan los requisitos para que se produzca la prevalencia del individualismo «irresponsable».

Es en estas sociedades capitalistas, caracterizadas por la debilidad e impotencia que muestran los correctivos políticos y socioculturales frente a la acción del capital y de sus intereses especialmente económicos, donde se produce la posición hegemónica, en términos prácticos o conductuales, de la manifestación del individualismo que concede prioridad y primacía a la dimensión económica sobre cualquier otro matiz de la realidad. Bajo los efectos, tanto de las leyes que rigen en las sociedades de libre mercado como de la cultura que proporciona una rigurosa y economicista ideología neoliberal, los individuos construyen y reproducen, social y cotidianamente, una realidad social que presupone e implica una trascendente reestructuración social de consecuencias notables. En el proceso actual de su ciclo las economías capitalistas, siguiendo una lógica y racional instrumentalidad propia de su campo de acción, tienden a desvincularse de los aspectos humanos y sociales mostrando, de este modo, su semblante devastador: se desencadena una situación que requiere una readaptación de la realidad social e individual a las exigencias de la realidad económica. Y a causa de esta existencia dependiente de las condiciones fluctuantes que rigen el desarrollo de las economías capitalistas: «el ser humano individual autónomo, que debería existir para la sociedad, si ésta fuese justa, está hoy desapareciendo»<sup>16</sup>.

En líneas generales, los individuos en su desmesurada cotidianidad común, ausencia de compromiso y distanciamiento crítico, interactúan —como se ha observado productiva y comunicativamente— definiendo socialmente una realidad en la que los intereses económicos, velados por su inherente ideología mercantil-individualista, van a limitar las eventuales realizaciones de la individualidad autónoma. Esta reducción de las probabilidades, a causa de la estructural desigualdad existente para alcanzar la deseada y, a la vez, alejada autonomía, estimula la práctica de un exacerbado individualismo que se cualifica por su prepotencia, egoísmo e insolidaridad. De este hecho se derivan, entre otros, los siguientes resultados:

— el desarrollo de la individualidad está en función de los recursos económicos y culturales disponibles.

— la carencia de medios impide disfrutar a la mayoría de la plenitud que reporta la individualidad autónoma.

— la realidad social que construimos y reproducimos social y cotidianamente, supone la existencia de una sociedad al servicio de la economía.

— las relaciones de los individuos con el entorno social se evalúan según la relación costes/beneficios de las mismas.

— la vida se culturaliza, naturalizando la existencia social.

— la función del pensamiento predominante se caracteriza por su tendencia a reducir las posibilidades de la realidad.

— la quiebra de vínculos sociales, la inexistencia de referentes simbólicos firmes, el incremento de la marginación y la extensión de la pobreza conllevan problemas de desintegración social, desviación y anomia.

— la lógica de lo efímero adquiere, cada vez más, el carácter de constante reguladora.

— el juego de la representación por medio de las apariencias, en su ritualización social, se instaura como actividad crucial.

— el incremento de actividades que se diluyen en simples entretenimientos, atrofian progresivamente la consciencia histórica a través de un proceso de desmemorización tanto en los individuos como en las sociedades.

— la ausencia de protagonismos eficaces, consecuencia del desinterés y falta de compromiso con lo colectivo, se resuelve con la proliferación de un protagonismo subordinado que es representado por individuos inermes.

— la evangelización postmoderna, dotada de un manual ideológico y de la mediación instrumental, burocrática y monetaria, va a eliminar o reconducir el entusiasmo social hacia objetivos que abarcan lo deportivo, lo natural, el ocio y los animales.

— el control de los individuos se generaliza como autocontrol a partir de la tecnologización de las individualidades.

— la individualización actual funciona como factor aislante sobre los individuos. Mediante este proceso, la unidad de las individualidades que es generadora de autonomía se fractura, con lo cual el poder vigente aumenta la eficacia de sus redes a partir de la dependencia creciente de los individuos.

— la histórica tradición dominadora de una minoría sobre la mayoría se mantiene intacta,

supeditando la igualdad y la libertad a la apariencia y destinando a los individuos a la perenne sumisión.

— en estas sociedades, el parasitismo depredador de determinados grupos de interés aumenta sin cesar, la soledad derivada de una racionalidad concreta se instala como previsible condición de los individuos y el civismo se debilita por la quiebra de las virtudes altruistas y deberes públicos.

Sin embargo, además de los perfiles descritos relativos a la implantación social de una versión particular del proceso social individualizante, hemos de mencionar que coexiste, acompañando a este evento, un tipo de ilustración colectiva que retiene a la reflexividad de las individualidades en los límites de su concreta privacidad, cautiva de la transparencia alcanzada, etc.

Aparte de los efectos reseñados, es necesario hacer referencia a otros resultados que derivan de la implantación y el cultivo del proceder individualista. En efecto, algunas consecuencias del proceso de transformación económica, social y cultural van a suponer una liberación de ciertas condiciones y situaciones de subordinación y estigmatización de la existencia social para las individualidades adscritas a determinados colectivos. Nos estamos refiriendo a cuestiones relativas a la emancipación de la mujer, al reconocimiento de otras identidades que muestran la diversidad expresiva y cultural de los humanos y, asimismo, a la importancia concedida a la individualidad como portadora de una autonomía y libertad, sin precedentes, ante las demás individualidades y ante las organizaciones. Además, la corriente individualista al suscitar ciertas pasiones y desde el conocimiento alcanzado de la exclusividad de esta mundanal y secularizada realidad —el crédito de la salvación eterna ya no es suficiente—, ha puesto de relieve la necesidad de la consideración e importancia que debemos mostrar y tener respecto a la propia individualidad. Se ha contribuido, de esta manera, a reforzar la posición y mentalidad del sujeto en cuanto se produce la percepción y el efecto de que la gratificación, tantas veces diferida y postergada, por los sublimes sacrificios realizados no se puede continuar aplazando. Se consuma la interpretación de que ésta es la única y efectiva realidad —del relato tan sólo queda la cons-

tatación profana del hecho de que somos hijos del trabajo y de su disciplina— de que disponen todas y cada una de las existencias individuales: los individuos, a través de la reflexividad, analizan y ponderan esta realidad en función de su propio bienestar. Incluso, en estos casos, cabría decir que los recursos disponibles desempeñan un destacado papel en lo que se refiere a calidad de vida y modalidad de trabajo realizado.

En estas sociedades, la difuminación creciente de expectativas favorece el desarrollo de modelos de vida realistas y pragmáticos, que activan la práctica de una racionalidad cuyas exigencias, de sistemática disciplina, alcanzan ámbitos que exceden los estrictamente profesionales y económicos de la individualidad. Un resultado paradigmático de esta situación la ofrece el tratamiento físico y terapéutico a que son sometidos los individuales cuerpos, para ofrecer no sólo una determinada y demandada imagen sociocultural sino que, además, responde al ineludible criterio de mantener el estado físico del cuerpo, portador de la individualidad, en unas óptimas condiciones de higiénica salud física. La prevención tecno-medicinal requiere, por parte de la individualidad, de un control cada vez más exhaustivo de aquellas condiciones y elementos que puedan resultar perturbadores y nocivos para la existencia y estabilidad corporal: el individuo autónomo es responsable —es decir, se le ha responsabilizado socialmente, en cuanto entidad supuestamente independiente y autosuficiente— de su permanencia en esta realidad, siendo su ineludible objetivo, como siempre, el alcanzar una longevidad que permita disfrutar, a cada sujeto particular, de una realidad que se presenta repleta de posibilidades y de riesgos —silenciados— como lo prueban los propios errores y fracasos que se producen en la realidad social. Sobre todo, en unos tiempos, en los que las religiones de salvación no muestran signos de protección a través de la redención eterna (cuestión diferente es que la ofrezcan a sus devotos seguidores), para unos sistematizados individuos que están más implicados en la obra racionalizadora y objetiva de la ciencia que en las creencias religiosas y afines: la salvación ha sido secularizada y ubicada en la realidad de este mundo.

La complejidad creciente de la realidad, el acervo de conocimientos científico-sociales

trivializados, el fortalecimiento social de actitudes existenciales realistas, las situaciones de permanente incertidumbre y un fecundo/productivo desarrollo de las relaciones sociales individualistas, propulsan la configuración de una sociedad en la que las individualidades, conscientes de ser socialmente medios, establecen el comunicativo diálogo transparente, con su propia interioridad-exterioridad, en los límites de una realidad ciertamente individualista que actúa como única mediadora posible después de la pérdida de aquellos referentes simbólicos que mantenían cierta certidumbre y que, actualmente, carecen de una relevancia significativa. Por ello conviene resaltar que el aumento de la incredulidad política, religiosa y social de las individualidades no supone en la «sociedad de los individuos», como algunos aseveran, la erradicación de ciertas necesidades humanas. Por el contrario, se trata de la caducidad de determinadas respuestas que, siendo eficaces y persuasivas en otros contextos, en el mundo actual no consiguen atender positivamente las demandas de las contemporáneas individualidades que están sometidas a los rigores reestructuradores del ciclo económico y cultural así como a los resultados demoledores que muestra la transparencia alcanzada en diferentes dominios de la realidad: las crisis tienden a generalizarse y se extienden los ámbitos sujetos a la crítica y a la sospecha.

De algún modo, el mantenimiento de ciertas creencias y la prolífica irrupción en la vida cotidiana de nuevas versiones mitológicas —de ancestrales temas—, mágicas —por sus posibilidades de encantamiento— y «resolutivas» —de manera idílica o pastoril— de las perennes angustias vitales y existenciales en las configuraciones sociales del mundo actual, viene a confirmar y tiene relación con la insatisfacción que origina una existencia individual y colectiva huérfana, por el momento y a pesar de la ciencia, de aquel tipo de construcciones culturales que el proceso civilizador siempre proporcionó a lo largo de la historia. Sin embargo, la presencia de estos relatos, de sus organizaciones y agentes, tan sólo influye, por razones que no vamos a clarificar aquí, en reducidos sectores de la sociedad puesto que las individualidades sistematizadas, hijas del modelo científico-técnico y aventajadas alumnas de su eficaz y específica versión de la rea-

lidad, tienden a ser o son (consciente o inconscientemente) fundamentalmente agnósticas. Así obtienen, por medio de esta opción sociocultural, la relativa «seguridad» que ofrece y permite a cada cual la libre elección en lo que respecta a cuestiones de índole tan personal: al prescindir de las mediaciones, el régimen tutelar decae. Los eternos enigmas y dilemas existenciales son secularizados y se tienden a resolver científica y culturalmente de un modo inédito e individual. Siendo la trascendencia cada vez más intrascendente, el tema se relega y traslada a esta realidad existencial que operativiza e intenta resolver el problema por medio de la previsión, el cálculo, el azar y unos planes de vida que reporten salud y seguridad.

A modo de síntesis, resulta indudable que factores como la «cosificación» y la «monetización» constituyen una condición en el devenir de las carreras vitales y sociales de las individualidades. Asimismo, la presencia y persistencia de la «desigualdad» es un hecho claro y visible que, en relación con la realización del individuo, menoscaba y limita claramente el proyecto emancipador de la cultura individualista. En efecto, la existencia de desiguales condiciones de acceso a los recursos convierte al individualismo en un sacro movimiento ideológico y en un efectivo contribuyente legitimador de situaciones sociales caracterizadas por la generalización de las crisis políticas, económicas, sociales y psicológicas. Y aunque, por el momento, la ilustración individual es de signo esencialmente racional-utilitario y pragmático, es necesario incidir en que la apertura y mutación social es una condición irreducible de la realidad social y ésta es histórica. En términos teóricos, al menos, la frágil y relativa autonomía y libertad de los individuos acompañada de la creciente reflexividad y transparencia —siempre y cuando se dispongan al servicio de la individualidad y del colectivo de individualidades—, va a proporcionar un marco insólito de posibilidades para el desarrollo de la individualidad de todos los sujetos sociales. Sin embargo, con el fin de evitar una nueva —y vieja— caída del discurso en las artes de la brujería, hemos de recordar y reiterar que la citada posibilidad sólo dejará de ser retórica y de constituir una vana esperanza, cuando las condiciones de existencia de las individualidades —de todas, sin exclusión algu-

na— sean diferentes a las actuales que, como se ha afirmado, se decantan —y se han decantado a lo largo de casi toda la historia— a favor del predominio de lo económico y lo privado frente a lo humano y lo público.

Por ello, los análisis sociológicos que eluden sistemáticamente las diferencias reales que separan a unos individuos de otros, suelen ser, en sus elaboraciones, de carácter arbitrario y poco respetuosos con la realidad objetiva, porque, precisamente, «la comprensión de la acción recíproca que individuo y sociedad ejercen uno sobre otro tiene una consecuencia fundamental —evitada precisamente por la sociología positivista— en la idea de que el hombre como individuo alcanza su existencia propia sólo en una sociedad justa y humana»<sup>17</sup>.

#### NOTAS

<sup>1</sup> ELÍAS, N. (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península, pp. 42-43.

<sup>2</sup> LAMO DE ESPINOSA, E. (1990), *La sociedad reflexiva*, Madrid, CIS-Siglo XXI, p. 171.

<sup>3</sup> LAMO DE ESPINOSA, E. (1996), *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Oviedo, Ediciones Nobel, p. 6.

<sup>4</sup> TIerno GALVÁN, E. (1960), *Introducción a la sociología*, Madrid, Tecnos, p. 140.

<sup>5</sup> SIMMEL, G. (1986), *El individuo y la libertad*, Barcelona, Península, p. 278.

<sup>6</sup> SIMMEL, G. *Ibidem*, p. 279.

<sup>7</sup> TIerno GALVÁN, E. (1974), *Sobre la novela picaresca y otros escritos*, Madrid, Tecnos, p. 242.

<sup>8</sup> TIerno GALVÁN, E., *ibidem*, p. 242.

<sup>9</sup> TIerno GALVÁN, E., *ibidem*, p. 249.

<sup>10</sup> DURKHEIM, E. (1968), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, Schapire, p. 434.

<sup>11</sup> DE TOCQUEVILLE, A. (1989), *La democracia en América*, vol. 2, Alianza Editorial, p. 89.

<sup>12</sup> DE TOCQUEVILLE, A. *ibidem*, p. 92.

<sup>13</sup> ADORNO, T. W. y HORKHEIMER, M. (1969), *La sociedad*, Buenos Aires, Proteo, p. 56.

<sup>14</sup> GINER, S. (1991), «Una incierta victoria: la inteligencia sociológica», en Teresa González de la Fe (Coordinación e introducción), *Sociología: unidad y diversidad*, Madrid, CSIC, p. 242.

<sup>15</sup> LIPOVETSKY, G. (1994), *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, p. 15.

<sup>16</sup> HORKHEIMER, M. (1986), *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*, Barcelona, Planeta-Agostini, p. 203.

<sup>17</sup> ADORNO, T. W. y HORKHEIMER, M. *Ibidem*, pp. 56-57.

